

BENJAMÍN VIEL

LA UNIVERSIDAD DESDE SU  
ORIGEN HASTA LOS TIEMPOS  
ACTUALES

---

ANTECEDENTES HISTORICOS

NADIE PODRIA afirmar exactamente cuándo el término Universidad comenzó a usarse para significar un centro de estudios superiores destinado al avance de las artes, las ciencias y las letras. Durante gran parte de la Edad Media la palabra latina "Universitas" fue empleada para describir cualquiera asociación comunal o corporación, relacionada o no con el saber.

En el siglo VI la última escuela de estudios superiores de la ciudad de Roma fue destruida y con ello desapareció la escuela pagana de carácter secular que el Imperio Romano había multiplicado en el mundo de su dominio. Su destrucción no significó el fin del estudio y el saber, el hombre, siempre impulsado por el fuego sagrado de la curiosidad espiritual, fue paulatinamente reemplazando la escuela secular de Roma por las escuelas nacidas en o alrededor de las catedrales, muchas de las cuales fueron alcanzando gran notoriedad bajo el nombre de "Studia Generalia", con que se les conoció prácticamente hasta el final de la Edad Media.

Dentro de los "Studia Generalia" se formaron sin duda corporaciones ("Universitas") de maestros y discípulos que poco a poco adquirieron tal importancia que lograron imponer su nombre a la institución que las albergó durante siglos.

Dos fuerzas deben haber conspirado conjuntamente para lograr que el término "Universitas" llegará a ser más conocido que el de "Studia Generalia". Una es el proceso de lenta secularización que tiene que haber acompañado al aumento de los conocimientos humanos. Otra, el carácter internacional de maestros y alumnos, que debe haber dado una gran fuerza de coexión a la "Universitas" o corporación.

Los "Studia Generalia" de las catedrales estaban lógicamente destinados a enseñar todos los conocimientos necesarios a monjes y sacerdotes, únicos depositarios del saber después de la lenta disgregación de Roma. Sin embargo, no todos los estudios que pudieran interesar al hombre eran los mismos que podían interesar a los sacerdotes y buen ejemplo de ello es que ya en el siglo ix la Escuela Médica de Salerno tenía una reputación universal en el mundo cristiano. Difícil es pensar que la Medicina pudiera enseñarse en catedrales y debe haber existido una fuerza tendiente a liberarse de los "Studia Generalia" eclesiásticos que requerían autorización Papal, como lo demuestra la lenta aparición de "Studia Generalia Respectu Regni", cuyo nombre indicaba la dependencia del poder temporal de los Reyes.

La visión actual de Salerno, París, Bologna o cualquier otra ciudad que fuera cuna de universidades, puede inducir a error haciendo pensar que era la propia ciudad o sus vecindades inmediatas la que proporcionaba los estudiosos interesados en ingresar a los "Studia Generalia". Más que ciudades ellas fueron aldeas rodeando una gran catedral, la cual significó en sus comienzos una casa comunal donde nació tanto la universidad como la música, las artes plásticas y el teatro; además de ser la casa de su Dios y la expresión material de su fe unitaria. En un mundo que aún no tenía el sentido de la nacionalidad, en el cual los hombres cultos gozaban el privilegio de un idioma común, el latín, y en el cual no habían más fronteras que las que podía imponer la fe religiosa, y aún ellas bastante laxas, como lo demostró España en su larga convivencia de cristianos, musulmanes y judíos; los maestros y estudiantes de los pocos "Studia Generalia" existentes tenían que provenir de toda la gran comunidad europea. Estudiar entonces significaba viajar en busca de la fuente del saber y quienes tenían la ambición cruzaban los Alpes para alcanzar Bologna, Ravena, Pavía o Perugia, o bien caminaban las nevadas llanuras del norte europeo para alcanzar París o navegaban las aguas del Canal de la Mancha para llegar a Oxford.

No es difícil imaginar lo que significó para el tranquilo habitante del burgo medieval la llegada de este grupo joven, raramente poseedor de dinero, sin el freno que pudiera significar el hogar y la autoridad paterna y lleno de la energía indisciplinada y pendenciera de la juventud. Sin duda el habitante estable no pudo mirar con buenos ojos a los "estudiosos" que venían con otros intereses y otra visión del mundo a perturbar sus tranquilas costumbres, y amenazar la virginidad de sus hijas cuando no la fidelidad de sus esposas. Quienes recuerden los versos de "Carmina Burana" pueden aproxi-

marse algo a la vida estudiantil de aquellos años, si no piensan que dicho grupo vocinglero constituía la excepción, pues es bien sabido que el traje rojo de los estudiantes germanos del Seminario del Vaticano nació como un medio de identificar más fácilmente las fechorías en que con frecuencia se veían envueltos los jóvenes provenientes del Norte.

La lucha de propietarios y estudiantes tuvo su primera victoria para estos últimos cuando Federico I (Barba Roja) conquistó Bologna y recibió las quejas de los miembros de la "Universitas". Parte porque las quejas eran justas, parte por humillar a los vencidos burgueses, Federico I les otorgó privilegios e inmunidades especiales en el "Authentica, Habita", dictado en 1085 específicamente para los miembros del "Universitas" de Bologna, desde donde se extendieron pronto al resto de los "Universitas" de Italia y de Europa. Si el "Universitas" de estudiantes y maestros tenía los privilegios, no es raro que poco a poco su nombre haya sido más conocido que el de "Studia" para el común de las gentes y que el uso haya consagrado el nombre de Universidad tal como existe en todo el mundo de hoy.

El desarrollo histórico de la Universidad Medieval no es sólo una curiosidad, en su lenta evolución están las simientes de lo que caracteriza la Universidad de hoy y que es de esperar que caracterice a la Universidad de siempre. El movimiento de secularización es el comienzo de la defensa de la libertad de pensamiento propia de la vida universitaria, el "Authentica, Habitat" de Federico Barba Roja, no es sólo el primer documento de autonomía universitaria, es además el reconocimiento del carácter internacional de maestros y discípulos, la seguridad que el saber no tiene fronteras. La historia que sigue no es más que una larga demostración que ha existido Universidad en su concepción material y espiritual, en donde ha habido autonomía universitaria garantizando la libertad de pensamiento y en donde no han habido fronteras, nacionales, políticas o religiosas, dificultando la universalidad del saber y de los hombres que lo cultivan. Cuando estos principios han sido atropellados, la Universidad ha sido sólo un edificio que en su frente ostenta un nombre inapropiado que nada tiene que ver con lo que debería ocurrir en su interior.

#### LOS ESTUDIOS

En líneas generales la gran mayoría de las Universidades europeas, desde su origen en el corazón de la Edad Media hasta la Revolución Francesa, albergaron en su seno cuatro facultades: Teología, Medi-

cina, Leyes (civiles y canónicas) y Artes, pero no perdieron su carácter de estudios generales que las caracterizó desde su origen.

El pensamiento de la época acentuado más aún durante el Renacimiento, hacía creer en la posibilidad que un hombre fuera capaz de llegar a poseer la cantidad de conocimientos necesarios para tener una comprensión unitaria del universo. Siendo la religión cristiana la imperante, quienes estudiaban Leyes, Artes o Medicina no escapaban en absoluto a los estudios teológicos que los impulsaban a conocer la lógica, la dialéctica y la retórica. Buena prueba de lo afirmado es la muerte del médico español Miguel Servet, quemado en Ginebra bajo la autoridad de Calvino a quien no gustaban los escritos filosóficos con que el gran universalista alternaba sus escritos médicos.

En centros universitarios que basaban el total de sus estudios en la filosofía que les proporcionaba la religión cristiana, la Reforma tuvo que tener un desgraciado impacto, desde el momento que dividió las Universidades en Católicas y Reformadas, y estas últimas en Luteranas y Calvinistas, convirtiéndolas así en centros de enconadas luchas, verdaderas fortalezas de sectarismo más que centros de saber y de cultura. Sin embargo el tiempo, que todo lo suaviza, fue más fuerte para borrar las enemistades de los hombres y poco a poco, aun en nuevas universidades como las de Halle o Erlangen, fundadas primordialmente para dar base filosófica a las sectas luteranas, fue renaciendo el deseo de progreso en el saber y con ello el intercambio de hombres y de ideas que caracterizó los antiguos centros de estudio.

Así como la Reforma tuvo un efecto desastroso en la vida universitaria, el Renacimiento la sacudió fuertemente en sus viejas tradiciones y sin perder de vista el hombre universal en posesión de todos o de la mayoría de los conocimientos existentes que permitieran explorar y conocer el mundo, las Universidades fueron ampliando algo el número de sus facultades y creando centros de estudios matemáticos de los cuales el nacido en Oxford bajo la influencia de Wilkins es un buen ejemplo.

La concepción unitaria de los estudios y conocimientos superiores que albergaba la Universidad, la firme creencia que el hombre podía alcanzar la comprensión del todo a través de la filosofía, se refleja claramente hasta en la construcción universitaria, el llamado hoy "campus" en las Universidades anglosajonas, debía alojar físicamente el total de las facultades que la componían. Los edificios contiguos o muy vecinos eran una demostración más de la unidad de conocimientos que la Universidad reconocía desde su origen. Sin embargo, la hermosa concepción unitaria, de la cual las iglesias eran

las principales responsables, actuaba en cierta forma como freno al desarrollo de nuevas ciencias y nuevos conocimientos que la humanidad iba acumulando fuera de las Universidades. El rígido sistema de facultades no daba cabida a lo nuevo en el saber y ellas pasaron a ser centros demasiado conservadores para ser compatibles con las ambiciones de los habitantes del siglo XVIII, listos a romper con las cadenas que los ataban al pasado. No es raro entonces que en 1793 la Universidad de París fuera abolida por las mismas autoridades que se preocupaban de establecer las bases del sistema métrico decimal y aspiraban a vivir en el Reino de la Razón.

Quince años más tarde Napoleón I reorganizaba el sistema educacional de Francia, que impregna hasta hoy buena parte de los sistemas educacionales de occidente, y con el título de "Universidad de Francia", creaba una verdadera asociación de Universidades bajo cuya tutela colocaba a la educación primaria y secundaria guardándose para sí la responsabilidad de la educación superior. Con ello nacía la Universidad del siglo XIX con sus dos características esenciales: El Estado responsable directa o indirectamente de la educación superior antes tan fuertemente influida por la Iglesia. La diversificación de facultades dando cabida a los nuevos conocimientos y técnicas que habían quedado fuera de la concepción universitaria anterior.

La Universidad Medieval, viva de una manera u otra hasta la Revolución Francesa, desaparecía y con ella desaparecía la concepción unitaria del conocimiento humano bajo una filosofía común. Como señala Egon Friedel, "al morir la Edad Media el hombre ganó en individualidad perdiendo personalidad", y tal frase quizás pueda aplicarse más que a nada a la institución universitaria, sepultada como centro de estudios filosóficos destinada a la comprensión del Universo, creada de nuevo como centro de facultades independientes en las que la filosofía era desplazada en gran parte por la tecnología. El hombre renunciaba a la posibilidad de conocer el total de las ciencias y las artes, había renunciado a la ambición de obtener la respuesta al total de sus interrogantes de la filosofía cristiana y buscaba la verdad en el avance de las ciencias, demasiado vastas ya para ser abarcadas por una sola mente. Con la nueva Universidad nacía el especialista, ya los grandes universalistas del Renacimiento eran etapas históricas superadas y el avance sólo podía esperarse de quienes restringían su campo de estudios a una parcela limitada del saber.

El siglo XIX vio multiplicarse sus Universidades no sólo en Europa; América Sajona y Latina, el Oriente, el Africa, comenzaron a ser

cuna de nuevas Universidades nacidas bajo el imperio de la nueva concepción, mucho más acorde que la anterior con la sociedad que la rodeaba y por tanto, más al servicio de las necesidades de la época. Por ello se profesionalizó entregándose en alto grado a la función de preparar técnicos, médicos, abogados, ingenieros, profesores, agrónomos, etc., en facultades independientes unidas sólo por una regulación centralizada que no tenía relación con la doctrina filosófica unitaria que había caracterizado los primitivos "Studia Generalia".

El siglo XIX no concebía un Leonardo da Vinci; esperaba un médico que supiera el máximo sobre medicina, un abogado que supiera el máximo de Derecho, un ingeniero que conociera el total de su materia. Luego, cuando los conocimientos avanzaron, comenzó a aspirar a médicos que conocieran el total de una fracción de la medicina, por ejemplo las enfermedades cardíacas; abogados que conocieran sólo el derecho civil, ingenieros que conocieran sólo la ingeniería eléctrica, etc. Por ello la Universidad fue preparando y convirtiéndose a sí misma en una selva de especialistas entre los cuales se iba perdiendo hasta el idioma común. La labor unificadora del latín había quedado sepultada en el idioma de los físicos, incomprendible ya para los biólogos o en el idioma de los matemáticos, incomprendible ya para los juristas. La nueva Universidad, sacudida del yugo de sus largas y estériles discusiones escolásticas, contribuía fuertemente al progreso, pero sin el espíritu unitario, sin la comprensión integral del hombre y el universo.

Si los conocimientos humanos se habían parcelado, si los universitarios habían dividido sus campos de acción de acuerdo con las líneas profesionales, no era raro que las Universidades comenzaran a tomar un carácter disgregado aun hasta en sus construcciones. Una Escuela de Ingeniería podía construirse a gran distancia de una Escuela de Medicina, de Odontología o de Leyes, nada había en común entre ellas y por tanto nada debía unir las.

Si la profesionalización inducía a la disgregación física, debía inducir también a la investigación utilitaria de aplicación inmediata a consecuencia de lo cual sólo pocas universidades, la mayoría de ellas de vieja tradición, logró conservar el espíritu de la búsqueda de la verdad por sí misma, sin preocupación por la aplicación inmediata del hallazgo.

El movimiento pendular de las tendencias humanas ha logrado que el siglo XX mire el problema con un cristal diferente que parece acercarse más a la concepción medieval del conocimiento que el profesionalismo del siglo precedente.

No tardó el hombre en comprender que la pretendida independen-

cia de las escuelas profesionales era un error. Que la biología era base de los conocimientos médicos, odontológicos, bioquímicos, agrónomos, etc. No tardó en comprender que la biología no podía subsistir sin el apoyo de las matemáticas y la física, y que los estudios filosóficos alejados de la ciencia se acercaban peligrosamente a la esfera de la novelística. Antes que fuera demasiado tarde el siglo xx inicia la reagrupación, la integración que en otra época gozara Bologna, o Pavía, o París u Oxford, procurando que la influencia que el Estado arrebató a la Iglesia no interfiera en la autonomía que garantiza la libertad de pensamiento, y procurando también que las fronteras políticas de un mundo peligrosamente nacionalista no destruyan el principio fundamental de la internacionalidad del saber humano.

El movimiento destinado a corregir el excesivo carácter profesional de la Universidad de ayer tiene claras manifestaciones en todo el mundo universitario y aunque toma características diferentes en ambos lados de la cortina de hierro, la frontera que ha creado esta nueva guerra de Reforma cuya paz parece acercarse algo más en los momentos actuales, es evidente que tiene una manifestación común, el reconocimiento de bases similares de ciencias aparentemente diversas y la obligación de buscar para ellas un idioma y un albergue común.

En el mundo socialista, bajo la égida de Moscú, la Universidad expulsa de su seno a las facultades profesionales y entrega la responsabilidad de su formación a los Ministerios respectivos, devolviendo así a la Universidad su antiguo carácter de "Studia Generalia" con capacidad para otorgar título de "maestro".

En el mundo occidental la Universidad rehusa perder la potencialidad humana que el profesionalismo puede aportar al avance de las ciencias y las artes, y guardando las escuelas profesionales en su seno, aplica a la Universidad del siglo xix dos correctivos fundamentales: uno de carácter físico, la reagrupación de edificios en un área común. Otro de carácter espiritual, el nacimiento de las Facultades de Ciencias, a veces paralelas, a veces como requisito previo al ingreso a las Facultades Profesionales.

La agrupación de los edificios en un área común, en lo que se ha dado en llamar "ciudades universitarias", es preocupación del continente Europeo, el más afectado por la reforma universitaria napoleónica del siglo xix, desde antes del último conflicto bélico. La destrucción física de buena parte de las ciudades europeas no ha hecho otra cosa que acelerar el movimiento ya que al reconstruirse, las Universidades alemanas e inglesas, de las cuales Manchester parece ser modelo especial, se preocupan primordialmente de agrupar

sus edificios en áreas restringidas que faciliten la convivencia y el diálogo, base de la vida universitaria.

En los Estados Unidos la preocupación por tal problema no parece existir desde el momento que sus Universidades fueron edificadas bajo el concepto unitario que les legaban las universidades de Oxford y Cambridge, ocupando un "campus" en el que el diálogo pudo mantenerse aún en la época más fuerte del profesionalismo. En la América Latina, en cambio, las escuelas universitarias se reparten en los sitios más distantes posibles y si bien es cierto que algunos países como México, Brasil y Venezuela han tenido la decisión de construir sus "campus", otros como Chile no han considerado aún el problema.

La vieja Universidad medieval, tan bien conservada en su aspecto físico en las aldeas que las albergan sin crecer en exceso, como Tübingen, Oxford o Cambridge, están sirviendo de modelo de sentido unitario a las nuevas construcciones de París, Roma o Madrid, cuyo exorbitante crecimiento había ahogado el viejo local de los "Studia Generalia".

Muy poco o nada significaría el movimiento de unión física que se señala si no fuera acompañado de una reforma fundamental de la organización. De tal reforma se ha encargado el movimiento creciente de las Facultades de Ciencias, con que el siglo xx corrige la concepción parcelaria del profesionalismo del siglo xix.

La vida universitaria de hoy no puede concebirse sin una Facultad de Ciencias que sea el núcleo básico y esencial de una Universidad. Los que antes buscaban la construcción de una Escuela de Medicina, otra de Ingeniería, otra de Pedagogía, etc., buscan hoy la construcción de un Instituto de Biología, de Bioquímica, de Matemáticas o de Electrónica. A través de la nueva concepción las escuelas universitarias de ayer tienden a desaparecer como hecho físico para convertirse en planes de estudios que guíen a sus educandos en su peregrinación a lo largo de los Institutos Básicos que lleven a desembocar a algunos en el estudio del conocimiento aplicado que requiere una profesión, a otros en el mayor avance de los conocimientos básicos de la ciencia que hayan elegido. La nueva Universidad ya no otorga sólo el título profesional reservando el Doctorado como título de honor al profesional que se haya distinguido, tiende a volver al antiguo concepto de los "Studia Generalia" y otorga el título profesional a quien haya egresado de la escuela respectiva, al mismo tiempo que a otros otorga el título de Maestro o de Doctor con el cual la corporación garantiza el saber del agraciado en una ciencia o arte, relacionado o no con el conocimiento de una profesión.

Es esta nueva concepción de Institutos o Departamentos centrales

de una determina ciencia la que marca la etapa de progreso de la Universidad del siglo xx. Su significado envuelve el debilitamiento del concepto de las Facultades Profesionales en favor del mayor desarrollo de la Facultad de Ciencias o de la Facultad de Artes y permite predecir hacia el futuro la existencia de una nueva concepción universitaria en la que una Facultad de Medicina sea la etapa profesional final de un grupo de estudiantes que recibieron instrucción científica básica, motivada y adecuada, en Departamentos pertenecientes a la Facultad de Ciencias y por tanto comunes a otras facultades profesionales cimentadas en iguales ciencias básicas que la medicina.

El movimiento de las Facultades de Ciencias que se está observando en el mundo contemporáneo puede interpretarse mal y creer que ellas tienen la obligación de dictar cursos comunes, previos a la enseñanza profesional, de todos cuantos se interesen por el estudio de un grupo de profesiones cimentadas en determinadas ciencias. Podría alguien pensar que por el hecho de basarse la Medicina, la Medicina Veterinaria, la Agronomía, la Odontología y la Pedagogía en Biología, en las ciencias biológicas, el Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias tendría la obligación de dictar un curso común de biología general a todos los candidatos a dichos estudios profesionales. Ello sería confundir lamentablemente el propósito de la Facultad de Ciencias con el que anima a la educación preuniversitaria y la tendría que llevar necesariamente a su destrucción. La verdadera concepción es que un Departamento de Biología en una Facultad de Ciencias debe ser la unión de los recursos humanos y materiales de quienes se preocupan del avance de las ciencias biológicas, edificado contiguo a los departamentos responsables de ciencias afines para facilitar el diálogo y la investigación de problemas biológicos y a través de ello, preparar futuros biólogos entre quienes, por poseer el fuego sagrado, sientan el llamado a dedicarse a la investigación científica. Como propósito segundo dicho departamento dictaría los cursos básicos pre-profesionales, con personal especializado en ello y con programas individualizados en cantidad y calidad por profesión preelegida sin perjuicio que existan los puentes necesarios de intercambio, destinados a corregir errores vocacionales o despertares tardíos de la mente de investigador.

El curso común, lógico en la educación preuniversitaria, resulta de un absurdo tal en una Facultad de Ciencias que bastaría para demostrarlo un simple ejemplo: La Medicina y la Agronomía tienen su base científica primordial en el estudio de la Biología ¿podría pensarse en un curso común en circunstancias que el estudio médico se basa en la biología animal y el de la agronomía en la biología

vegetal? Ejemplos de este orden podrían multiplicarse al infinito y no sería correctivo el que se exigiera un título de "Master" en determinadas ciencias básicas como requisito previo para el ingreso a determinados estudios profesionales, pues ello o prolongaría innecesariamente el estudio profesional o rebajaría peligrosamente el título de "Master".

Quienes hayan pensado en Facultades de Ciencias con responsabilidades docentes comunes para grupos de estudios preprofesionales, han confundido dicha Facultad con el movimiento educacional que los Estados Unidos han llamado el "College". El "College" norteamericano es una institución peculiar y única de dicho país destinada a suplir las deficiencias de la educación secundaria. Siendo ésta incapaz de preparar a los alumnos para la vida y estudio universitario, ha debido crearse un paso intermedio que será necesario crear en todo el país que afronte un problema similar, pero que nada tiene que ver con una Facultad de Ciencias.

Alemania, Francia, Inglaterra, Israel, entre muchos otros, tienen una educación preuniversitaria de 13 años de duración y de carácter selectivo que permite llegar al final solamente a los capacitados. Sus Bachilleres tienen entre 19 y 20 años de edad y han recibido la educación suficiente para permitirles el ingreso a la Universidad; dichos países no requieren el "college" y pueden desarrollar directamente sus Facultades de Ciencias compuestas de Institutos Básicos de triple función: la investigación científica, la formación de nuevos investigadores y la enseñanza diferenciada de los que aspiran a ingresar en una Facultad Profesional.

En resumen, la Universidad medieval tuvo un sentido académico de carácter unitario, alejado de la vida y la inquietud profesional, que con el tiempo llegó a desconectarse tanto de los requerimientos de la sociedad que la albergaba, que desapareció lenta o bruscamente al finalizar el siglo XVIII. La Universidad del siglo XIX tendió más y más hacia el profesionalismo parcelando el conocimiento humano y olvidando más de lo permisible las cadenas o puentes que tienden a unirlos, en otras palabras "conquistó individualidad perdiendo personalidad". La Universidad del siglo XIX, sin perder la fuente de progreso y conexión a la sociedad que la Universidad del siglo XVIII le había conquistado, tiende a recuperar el sentido unitario y armonioso de los antiguos "Studia Generalia", ya sin centrarlos en el estudio de la filosofía cristiana, sino buscando la verdad en la naturaleza, empleando un riguroso método científico y sin importarle la aplicación práctica que de dicha verdad pueda derivarse. La Facultad de

Ciencias de la Universidad contemporánea tiende a ser lo que fue la Facultad de Teología de la Universidad Medieval.

#### EL PROFESORADO

En la larga historia secular de la Universidad los cambios en su filosofía así como en su organización tienen que haber repercutido fuertemente sobre el profesorado. Lógico es que así sea desde el momento que es el cuerpo de profesores el que imprime a la enseñanza superior su vida permanente.

La más somera visión de la Universidad medieval nos muestra de inmediato que los más importantes pensadores de la época, estaban ligados a la vida universitaria en forma tal, que la institución constituía para ellos su vida intelectual única. Desde Abelardo en los primeros tiempos de la Universidad de París hasta Erasmo en las Universidades del sur Alemán transcurrieron siglos repletos de nombres que representaban claramente el pensamiento y la vida intelectual de sus épocas. Raro sería encontrar en aquellos tiempos un intelectual cuya vida se desarrollara fuera de la atmósfera universitaria.

La lectura demasiado costosa hacía de la enseñanza verbal un medio de difusión aún más importante que lo que es hoy día y este factor, entre muchos otros, contribuyó en buena forma a darle a la Universidad el monopolio de la vida de pensamiento y permitió al profesorado agruparse a su alrededor sin ninguna otra actividad que la enseñanza y el diálogo, fuente inspiradora de nuevas formas de pensamiento.

Las guerras de religión rompieron la armonía del diálogo y con la honrosa excepción de Erasmo, los hombres se vieron obligados a definirse en verdades estrechas que no permitían discutir la idea contraria. El fanatismo se hizo dueño del mundo occidental y quien no estuviera dispuesto a aceptar la idea dogmáticamente presentada, o se reducía al silencio obediente o abandonaba la Universidad. Muchos cerebros de valía fueron así eliminados de la enseñanza y comenzó una forma creciente de vida intelectual lejos de la Universidad, que fue adquiriendo más y más importancia gracias al desarrollo de la imprenta que permitía difundir la idea más allá del aula y sin el control de una Universidad rígida y sorda a los requerimientos de la nueva sociedad que el Renacimiento estaba formando.

Dos siglos después la Revolución Francesa cierra definitivamente la Universidad de París. La vida intelectual de Francia hacía ya largos años que no estaba ligada a la Universidad. Los enciclopedistas no hubieran sido admitidos en la dogmática institución cuyos problemas

estaban lejos de inquietar las mentes de los filósofos forjadores del nuevo pensamiento, la imprenta les había dado un medio de lucha y de difusión de conocimientos por medio del cual podían enseñar, guardando su libertad sin doblegarse a una institución que había expulsado el diálogo.

La Universidad que había conservado durante siglos el monopolio de la vida intelectual, desaparecía o veía su influencia reducida al mínimo como consecuencia lógica de haber atentado contra la libertad de pensamiento, contra el diálogo, esencia misma de la vida universitaria. Los hombres que antes aspiraban a vivir en los "Studia Generalia" dialogando con sus colegas y discípulos, aspiraban ahora a la paz de sus habitaciones, a la protección de un poderoso que les garantizara su integridad personal y a la imprenta que les diera discípulos desconocidos y lejanos a quienes transmitir sus ideas y descubrimientos.

La Universidad del siglo XIX, con muy raras excepciones, fue esencialmente una Universidad profesional y el profesorado que la reestructuró tuvo necesariamente que ser obtenido de los profesionales de éxito de la comunidad, los cuales entre otras funciones, debían dictar sus aulas a los futuros profesionales. La vida de un hombre dedicado íntegramente a la enseñanza y la búsqueda de la verdad estaba fuera del concepto universitario de la época. Para enseñar una profesión era necesario demostrar que se sabía tanto de ella, que se había sido capaz de triunfar en ella. El profesor llegaba a la cátedra porque ejercía su profesión con éxito y deseaba enseñar, ya sea por el prestigio que ello envolvía, ya por el generoso impulso de guiar al que aspira a conocer; pero esta actividad docente era sólo una parte de la vida del profesor universitario que debía además mantener su ejercicio profesional como fuente de recursos económicos y como estímulo de estudio y conexión con el ambiente. Lejos se estaba de la época en que el docente universitario hacía de ello su única manera de vivir.

No es raro que la vida intelectual de la época esté plagada de nombres que influyeron el pensamiento, que crearon nuevas ciencias o que cambiaron las bases de las existentes y que nunca fueron docentes universitarios. La vida de las sociedades científicas o academias literarias o filosóficas fueron en muchos aspectos más fructíferas que las Universidades, como simple muestra recuérdese que la más importante revolución del pensamiento biológico la efectuó Charles Darwin no ligado en absoluto a la enseñanza universitaria.

La Universidad del siglo XIX dejó de ser dogmática, respetó sin duda la libertad de pensamiento, pero al profesionalizarse y mante-

ner su profesorado de tiempo parcial y reclutado entre los profesionales de éxito de la comunidad, fue todavía un asilo demasiado pobre para dar cabida al mundo intelectual que la rodeaba en la forma en que la Universidad medieval lo había logrado; por ello la investigación siguió en gran parte ligada a institutos de investigación no unidos a las Universidades y sin propósito docente.

El progreso no podía detenerse, por pragmático que fuera el siglo y por muy fascinado que estuviera con sus propias realizaciones tecnológicas, muchas mentes preclaras comenzaron a ver que el progreso de las propias profesiones estaba cimentado en los avances obtenidos en las ciencias fundamentales continuamente comunicados a la "Royal Society" de Londres o de las otras Academias Europeas de igual prestigio. Poco a poco y basados en el ejemplo de las pequeñas Universidades alemanas, que por estar situadas en aldeas aisladas del mundo de la Revolución Industrial, habían sido menos tocadas por la Reforma Napoleónica y por tanto menos profesionalizadas, la Universidad fue acogiendo en su seno a la investigación científica básica. Al fin del siglo el impacto de Claude Bernard y Pasteur en Francia, de R. Koch y Virchow en Alemania, y de tantos otros en toda Europa que sería ocioso nombrar, había logrado que por lo menos en las escuelas de medicina existieran las facilidades necesarias para la investigación básica en Biología, Química, Física, Fisiología y otras ramas de la Biología General. Desde entonces el movimiento no fue posible de detener y el siglo xx encontró a la Universidad alejándose a pasos rápidos de su pragmatismo anterior. Ya no se comprendería que en el prefacio del libro fundamental de Weissmann, "La Teoría del Plasma Germinal", dé las gracias a las autoridades universitarias por haberlo liberado un tanto de sus labores docentes para permitirle efectuar y publicar sus trabajos.

La investigación básica en su nuevo hogar creó rápidamente el nuevo tipo de universitario, el hombre enteramente dedicado a su Universidad, y alejado totalmente de la lucha por ganar su vida en una profesión. Pronto el investigador comprendió la necesidad del equipo de hombres de similares inquietudes entre los cuales pudiera existir diálogo con intercambio de ideas borrando fronteras, pronto comprendió que las ciencias estaban más relacionadas entre sí que lo que pudieran haberse creído en un comienzo y al comprenderlo, se acercó más al universitario medieval, de dedicación exclusiva a su trabajo universitario, de sentido internacional y de amor al diálogo, que lo que había estado el universitario que lo precedió, nacido del éxito de su ejercicio profesional.

La búsqueda de la verdad por equipos de investigadores de una

misma especialidad en continuo contacto con otros equipos de especialidad diversa siguiendo caminos diversos en su trazado y similares en su objetivo final, hizo nacer pronto las Facultades de Ciencias en el campo científico y las Facultades de Estudios Generales en el campo humanístico, quedando la Filosofía como el nexo natural de ambas disciplinas. Esta nueva concepción de la organización universitaria, consecuencia lógica del alejamiento de la línea exclusivamente profesional, siguió dos caminos diferentes al expandirse desde su centro de origen en la Europa Occidental.

Al llegar las nuevas ideas a los Estados Unidos, los enormes recursos técnicos del país permitieron fortalecer el concepto en el "Campus Universitario", que permitió la unidad geográfica y darle a cada departamento de dichos "campus" todos los recursos necesarios para el desarrollo de los trabajos de sus investigadores. Los nuevos docentes, menos inquietos por el brillo de sus disertaciones que por el éxito y pureza del método de sus investigaciones, al ponerse en contacto con sus discípulos han tenido buen cuidado de defender su tiempo de investigadores, enseñando al alumno solamente los principios básicos generales y obligándolo así a una actitud de búsqueda, diferente por cierto del estudiante que espera que el profesor se lo diga todo y explique para él todas las ideas que puedan contener los hechos que expone.

Las universidades americanas, que tomaron de Europa su concepto y lo perfeccionaron, aparecen hoy como influyendo en la educación europea, que busca acrecentar sus profesores-investigadores de dedicación exclusiva reclutados entre gentes que no tuvieron del todo, o tuvieron muy escaso contacto con la vida profesional; buscando el fortalecer sus Facultades de Ciencias; construyendo sus "Campus Universitarios" y dotándolos de todos los recursos que hacen posible la investigación no directamente relacionada con lo útil, sino con la mejor comprensión del universo.

En la Rusia Soviética la reorganización educacional tomó distinto camino, allí la Universidad se desprendió totalmente de su responsabilidad profesional guardando su papel de rectora del pensamiento en las Academias. Ello era un movimiento lógico y práctico, había que reconstruir los cuadros profesionales destruidos en la Revolución de octubre y para producir un número importante y rápido de profesionales, las escuelas estrictamente profesionales debían alejarse de la investigación y dedicarse a su tarea con devoción y características similares a las propias de la educación secundaria o preuniversitaria. ¿Qué ocurrirá allí una vez alcanzado el número de profesionales? ¿No será lógico que la Academia de Ciencias adquiera responsabili-

dad docente y se convierta así en Facultad de Ciencias? La predicción no parece aventurada si se piensa en el número de laboratorios de investigación que las Academias mantienen y en el número de jóvenes profesionales que ingresan a ellos con el propósito de aprender ciencia por el método tutelar. Cuando ello ocurra, las escuelas profesionales dependientes hoy de los ministerios respectivos volverán al seno de las Universidades y renacerán los profesores del tipo de Pavlov, modelo del profesor-investigador de la actual concepción universitaria occidental e inspirador de los actuales Académicos de Rusia, alejados temporalmente de la enseñanza.

En la Universidad del siglo xx ha renacido la carrera Universitaria, liberada de la actitud dogmática que terminó por destruir la Universidad Medieval y heredera de la libertad de pensamiento que conquistó la Universidad del siglo xix, conquista que los Estados progresistas garantizan con la Autonomía Universitaria. La nueva Universidad, como la primitiva, recluta sus docentes entre una juventud a la que permite ascender al profesorado después de una vida dedicada a la investigación y la enseñanza y sin relación con la vida profesional. El profesor de hoy, más cerca de Abelardo o de Erasmo que de los brillantes médicos o abogados que, entre otras actividades dictaron aulas en el siglo pasado, tiene sobre sí sólo el juicio de sus colegas y sus alumnos, pero no el juicio cambiante y celoso de la sociedad que elige sus profesionales de éxito por razones ajenas a la vida universitaria.

#### LOS ESTUDIANTES

Si los estudios y la carrera docente de los profesores han sufrido transformaciones fundamentales en la evolución de la Universidad, también la han sufrido los estudiantes, tanto en lo que se refiere a su conducta durante los estudios como a sus propósitos y ambiciones al ingreso.

Los miembros estudiantiles de la "Universitas" en los "Studia Generalia" medievales deben haber constituido sin duda un abigarrado grupo sobre cuya conducta algo se ha comentado al comienzo. En una sociedad de estratificación rígida, de muy limitado porvenir para quien no hubiera nacido en las altas esferas, el acceso a la fortuna y el poder sólo podía intentarse en la carrera de las armas o en la carrera eclesiástica, y las puertas de esta última se abrían a través de la Universidad. Los estudios teológicos principalmente, luego las artes y las leyes y en último término la medicina, constituían una posibilidad de cambio de condición social que puede haber sido intentada por mu-

chos que golpeaban las puertas universitarias sin mayor amor al estudio y sin más motivación que la derivada de sus intereses personales.

La generalización anterior no excluye la posibilidad que un buen número de estudiantes llegaran a la Universidad con una verdadera vocación de estudios y constituyeran en su interior un grupo de selección; pero la mayoría debe haber pertenecido al grupo bohemio e indisciplinado que con tanta frecuencia despertaba la desconfianza, cuando no el temor, de los burgueses del mundo medieval. Talento, ambición y pocos escrúpulos deben haber constituido características paralelas de esa masa peregrina que se mudaba a través de los diversos "Studia Generalia" de Europa, sin más sentido de responsabilidad social.

El pequeño número de centros de estudio que la Europa ofrecía en aquellos años, facilitaba grandemente la mantención de las condiciones de indisciplina estudiantil, pues el fracaso en los estudios, única arma disciplinaria del profesorado, no significaba en ningún momento la pérdida de las posibilidades de subsistencia. Los estudiantes reprobados a medio camino eran aventureros que siempre sabían más que el promedio y por ello podían subsistir gracias a la escasez de intelectuales formados, actuando desde copistas hasta pseudoabogados o pseudomédicos, ya solos, ya ayudando a quienes hubieran obtenido título. Desde la vida del poeta François Villon hasta la novela pícaro española, muchos ejemplos dan una vívida imagen de este grupo social del "estudiante" de aquella larga época de la historia universitaria en la cual sólo un grupo pequeño vivió el estudio como objetivo primordial de la existencia.

Se ha visto ya como la rigidez de las facultades para ponerse a tono con los requerimientos sociales y la marcada influencia de la Iglesia en la vida universitaria fueron factores primordiales para el desarrollo de los siglos de autodidactas en los cuales una gran cantidad de hombres de talento trabajaban lejos de las universidades y abrazaban la Filosofía, la Literatura, las Matemáticas o la Historia Natural, investigando y enseñando nuevos discípulos en forma tutelar, rivalizando grandemente con la institución universitaria. Durante siglos la Medicina y más especialmente la Cirugía se enseñó en Inglaterra sin programas rígidos y sin vida universitaria, gracias a hombres que enseñaban a otros hombres la ciencia y el arte que ellos habían aprendido a cultivar de otros a su vez.

Si la Universidad no ofrecía la diversificación de estudios y conocimientos que el progreso social requería, la sociedad aplicaba su propio correctivo al desarrollar la línea de los autodidactos y la enseñanza

tutelar que el Renacimiento había hecho nacer en forma paralela a la vida universitaria.

La clase media, la burguesía triunfante en la Revolución Francesa, no encontró en la Universidad de su época el tipo de instrucción que requería para sus hijos y al reabrir las Universidades bajo la reforma napoleónica, se preocupó de crear centros de estudios superiores de carácter profesional de utilidad inmediata, que hicieron inútil la vida y labor de los autodidactas y del aprendizaje tutelar. La multiplicación de Universidades durante todo el siglo XIX dio a los jóvenes de clase media el suficiente número de plazas para lograr la instrucción adecuada en una determinada profesión.

La nueva masa estudiantil vio en las profesiones un medio de ganar la vida y muchas veces de cambiar de posición social y llenó pronto las aulas universitarias secularizadas con la ambición de conseguir un título que le permitiera "arrendar" sus conocimientos a sus semejantes y obtener una plaza de distinción en la sociedad en que vivía.

En este mundo liberal de abierta rivalidad entre los hombres, muchos se enriquecieron en el comercio o la industria sin tener ni siquiera los conocimientos mínimos para un rudimento de vida intelectual, su razonamiento, un tanto primitivo, los llevó a decirse "si he ganado dinero sin cultura, cuánto más hubiera ganado de haberla tenido". Por ello enviaron sus hijos a la Universidad contribuyendo así al número de estudiantes no inspirados por una vocación.

El ejercicio de profesiones liberales de médico, abogado, ingeniero, arquitecto, etc., permitió a muchos hombres nacidos en la pobreza alcanzar un gran bienestar económico y una considerable respetabilidad social. Ellos fueron la imagen inspiradora para muchos jóvenes que ingresaron a la Universidad buscando, más que una fuente de saber, una escuela donde aprender una técnica que les permitiera ganar dinero y prestancia. Grupo éste de vocación muy relativa que contribuyó grandemente al creciente profesionalismo universitario al vivir en la exigencia de aprender "lo útil" con absoluto desprecio al estudio de las ciencias básicas.

La vida política del siglo XIX se caracterizaba por la tendencia creciente de la democratización de los gobiernos. Para triunfar en política y alcanzar el poder era necesario ser orador, no necesariamente ser profesional. La Universidad era una buena escuela para adquirir adiestramiento en el manejo de hombres, además de nombradía política precoz; muchas escuelas profesionales llegaron a ser antesalas parlamentarias y con ello aumentó el grupo de estudiantes no motivados en los estudios que elegían y peligrosamente motivados en ambiciones que estaban fuera de la casa del saber.

Los estudiantes obligados por sus familias, los ambiciosos de adquirir una técnica que les diera acceso al dinero, y los políticos, ahogaron fácilmente al estudiante vocacional que ingresaba impulsado por su ansia de saber y por su ambición de contribuir a la búsqueda de la verdad. El estudiantado del siglo XIX se siguió considerando tan libre e independiente como el bohemio medieval, y la indisciplina, las huelgas estudiantiles, las fiestas que robaban horas al estudio, fueron las características de todas aquellas Universidades que adoptaban la política de la educación gratuita y que rechazaban la selección por dinero que caracteriza a los estudios de alto costo de algunos países.

Así como la Universidad del siglo XVIII había sido ciega al progreso de la época, el estudiantado del siglo XIX parece haber sido ciego al impacto creciente de la Revolución Industrial que contemplaba, y más interesado en el motín que en las consecuencias sociales y económicas de la incorporación del proletariado, continuó su romántica indisciplina sin sentir aún la responsabilidad ciudadana que el siglo XX iba a imponerle.

Las diez horas de trabajo diario, el trabajo femenino e infantil y la política de bajos salarios que caracterizó la primera era de la Revolución Industrial, en la cual los seres humanos debían aprender su labor en el oficio sin más rudimento de enseñanza técnica que la de sus capataces, sobrevivientes adaptados a esta nueva y peligrosa selva que el hombre estaba creando; fueron poco a poco reemplazándose por condiciones humanas de trabajo y por una política de altos salarios que incorporaron al proletariado a los beneficios que el siglo XIX había reservado a las clases medias.

Las nuevas conquistas del proletariado paulatinamente conseguidas a través de una larga y fecunda lucha sindical, repercutieron sobre la educación principalmente en tres esferas: aumentando grandemente la demanda, en especial en la etapa preuniversitaria; haciendo nacer la educación técnica, y cambiando las características del estudiantado de las escuelas profesionales a través del cambio sufrido en el ejercicio de las profesiones.

El hecho que interesa comentar es sin duda el enunciado último. La nueva clase social del mundo industrial adquiere derechos y demanda servicios y como cada uno de sus componentes es demasiado pobre para cancelarlos privadamente, el Estado interviene, ya como administrador, ya como impulsador y financiador parcial de la colectivización de recursos que permitan a la nueva clase gozar de sus derechos. La familia proletaria requiere habitación, no puede encargar su construcción a un arquitecto y sus correspondientes ingenieros calculistas, la obtiene a través de instituciones estatales o semiestatales

de tipo colectivo, que son empleadoras de ingenieros y arquitectos. La familia proletaria requiere servicios profesionales de abogados para la propia constitución de su familia, para la constitución de su propiedad y la defensa de sus intereses, no pudiendo cancelar sus servicios directamente hace nacer las instituciones colectivas que le proporcionen los servicios requeridos a través de abogados asalariados. La familia proletaria requiere atención médica como derecho, no como caridad ejercida por principiantes, sólo la pueden proporcionar las instituciones de medicina socializada en las cuales los médicos y el personal paramédico son asalariados.

El financiamiento de la colectivización que el proletariado o mejor dicho, la Revolución Industrial, han impuesto al Estado moderno, ha exigido un considerable aumento del impuesto a la renta con la consiguiente disminución de la capacidad adquisitiva de las clases altas o medias, que en todo o en parte comienzan a incorporarse a los sistemas colectivos de Servicios. Primero en la construcción de habitaciones, edificios de departamentos construidos gracias a asociaciones de ahorro empleadoras de arquitectos e ingenieros, luego en seguros de enfermedad actuando como instituciones empleadoras de médicos.

Los países industriales del siglo xx no ofrecen a la juventud que concurre a las escuelas universitarias profesionales el porvenir económico que ofrecían a los jóvenes del siglo xix. Al reemplazar la libertad de trabajo en competencia libre por el profesional empleado, ha desaparecido buena parte del incentivo económico del estudio profesional, eliminando así a quienes no tuvieran verdadera vocación. La disminución de rentas de la burguesía y la disminución del incentivo económico de las profesiones, han actuado paralelamente en la disminución del estudiantado no vocacional.

La política es cada día más una profesión de técnicos seleccionados por lo que construyen y no por lo que dicen. Entre los administradores del Estado moderno tienen escasa utilidad los oradores y la Universidad no es ya una buena antesala parlamentaria y por ello es cada día menos concurrida por el elemento político que usó indebidamente sus bancas en el siglo pasado.

La generosidad de las empresas o personas que ven limitados sus ingresos por los impuestos a la renta de tipo progresivo, tiene que haber disminuido y con ello, el financiamiento de las Universidades, aun las privadas, recae cada día en forma más fuerte sobre el Estado. Esta nueva Universidad del siglo xx, financiada por la colectividad, debe afrontar el peso de la investigación científica que garantiza el progreso del país al mismo tiempo que debe afrontar la mayor demanda de ingreso que trae el aumento de población, y lo que es más,

el aumento de derechos de la población, junto con garantizar la calidad de sus egresados. Para lograr tales propósitos con recursos humanos y financieros limitados, tiene necesariamente que limitar el ingreso de los educandos. La Universidad de libre matrícula del siglo xix ha sido reemplazada por la Universidad de matrícula limitada y selección de ingreso del siglo xx.

Quienes obtienen un lugar para estudiar en la Universidad de hoy, sea una ciencia pura en su Facultad de Ciencias, sea una profesión en alguna de sus Facultades Profesionales, son jóvenes que saben que el título que obtengan no representa libertad de trabajo ni porvenir económico brillante, por tanto deben ser básicamente diferentes de quienes buscaban en ella un permiso de caza en la selva liberal del siglo xix. Quienes obtengan un sitio en la Universidad a través de sus métodos de selección tienen una responsabilidad social, un deber y un compromiso adquirido con la colectividad, no pueden moralmente ocupar una banca universitaria si no están vocacionalmente impulsados a ello, pues saben que a esa banca aspiraban otros y que ellos no tendrían derecho a ocuparla por otras consideraciones que no fueran el amor al estudio y la vocación de servicio, tanto más cuanto que la ambición de dinero ya no entra en juego.

El estudiante moderno es ya un técnico en entrenamiento, premunido de una clara y bien definida responsabilidad social, y por tanto en él no cabe la indisciplina y la bohemia de los siglos anteriores. No son pocos los países que al concebirlo así han establecido el estudiante asalariado, afirmando con ello su responsabilidad social y dando posibilidades justas de ingreso directamente en relación con la capacidad intelectual de los interesados y totalmente independientes de sus capacidades financieras.

La "Universitas", el gremio del siglo xx, formado por un cuerpo docente de carrera y un estudiantado seleccionado, no tiene lugar para el bohemio o para el ambicioso de dinero o de poder, sólo puede recibir a quien está motivado por el ansia de saber unida al espíritu de servicio. La Universidad, financiada de una forma u otra por la sociedad, admite sólo a quien esté dispuesto a devolver a ella lo que de ella recibe.

En resumen, al mirar en conjunto el problema de los estudios, los docentes y los estudiantes en sus líneas más generales, aparece una diferencia muy notoria entre las características de la Universidad del siglo xx en el mundo desarrollado y la mayoría de las Universidades del Continente Latinoamericano. En este continente se observa aún una mayoría de Universidades compuestas sólo de Facultades Profesionales independientes entre sí. Las Facultades de Ciencias, donde

existen, están aún en estado embrionario, la mayoría de los profesores son profesionales de éxito que ejercen su enseñanza en tiempo limitado por el ejercicio de su propia profesión y los alumnos exhiben aún una alta proporción de bohemios escasamente motivados en lo que estudian y a veces peligrosamente politizados. Se acostumbra a mirar el problema concluyendo que la diferencia señalada es la consecuencia de nuestro propio subdesarrollo, el dilema está, sin embargo, en preguntarse si Latinoamérica está subdesarrollada y por ello tiene Universidades diferentes a la concepción universitaria del siglo xx o si Latinoamérica está subdesarrollada porque mantiene Universidades que no corresponden a las ambiciones y requerimientos del siglo en que vive.